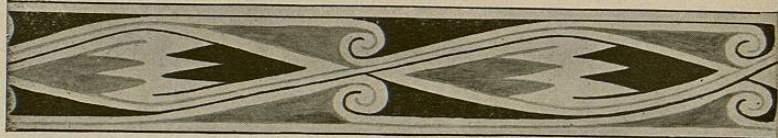


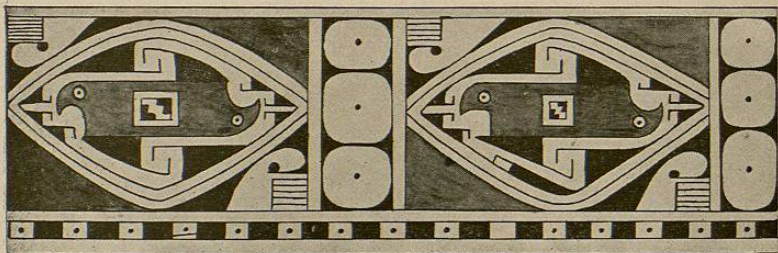
Extensión del dibujo de la Plancha IV, a.



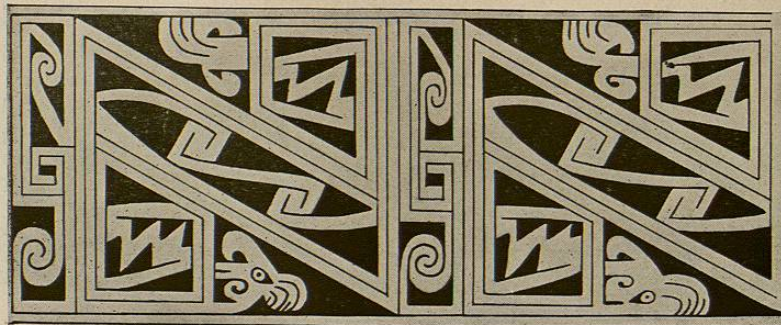
Extensión del dibujo de la Plancha IV, b.



Extensión del dibujo de la Plancha IV, c.



Extensión del dibujo de la Plancha IV, f.



Extensión del dibujo de la Plancha V, c.

CAPÍTULO V

SEGUNDA EXPEDICIÓN—REGRESO Á LA SIERRA—LOROS EN LA NIEVE
—LAS CAVERNAS DE GARABATO, LAS MÁS HERMOSAS DEL NORTE
DE MÉXICO—VISTA SOBERBIA DE LA SIERRA MADRE—EL ESPINAZO DEL DIABLO—GUAYNOPA, FAMOSA MINA ANTIGUA DE PLATA
—EL RÍO AROS—POR ANTIGUAS VEREDAS—AVENTURAS DE “EL CHINO”—CURACIÓN DE LOS EFECTOS DEL ZUMAQUE.

A MEDIADOS de enero de 1892, en que volví á mis exploraciones, las personas que formaban mi expedición llegaban sólo á una tercera parte de las que me habían acompañado el año anterior. Prosiguiendo mi plan, entré nuevamente en la Sierra Madre, volviendo á ella hasta las cercanías de Pacheco por donde habíamos bajado á San Diego. Caminábamos sobre una capa bastante gruesa de nieve recién caída, cuando encontramos una partida de ocho revolucionarios de la Ascención, entre quienes vi las caras de peor aspecto que he contemplado en mi vida. Á cuanto les preguntamos nos contestaron con evasivas, y no dejaba yo de experimentar cierto desasosiego por tres de nuestros hombres, que acompañados de un guía mexicano, habían estado explorando por algunas semanas los alrededores de Chuhuichupa, abandonado apacentadero que se encuentra cuarenta millas al sur de Pacheco. Envié al día siguiente quien les diera parte de los fugitivos políticos que habíamos visto. Los mormones me dijeron que hacía más de quince días habían sido advertidos de la presencia de aquella gente sospechosa.

Proseguían las nevadas, que pronto dieron á la sierra un aspecto septentrional, y lo único que nos recordaba la latitud de la región donde estábamos, eran las bandadas de verdes

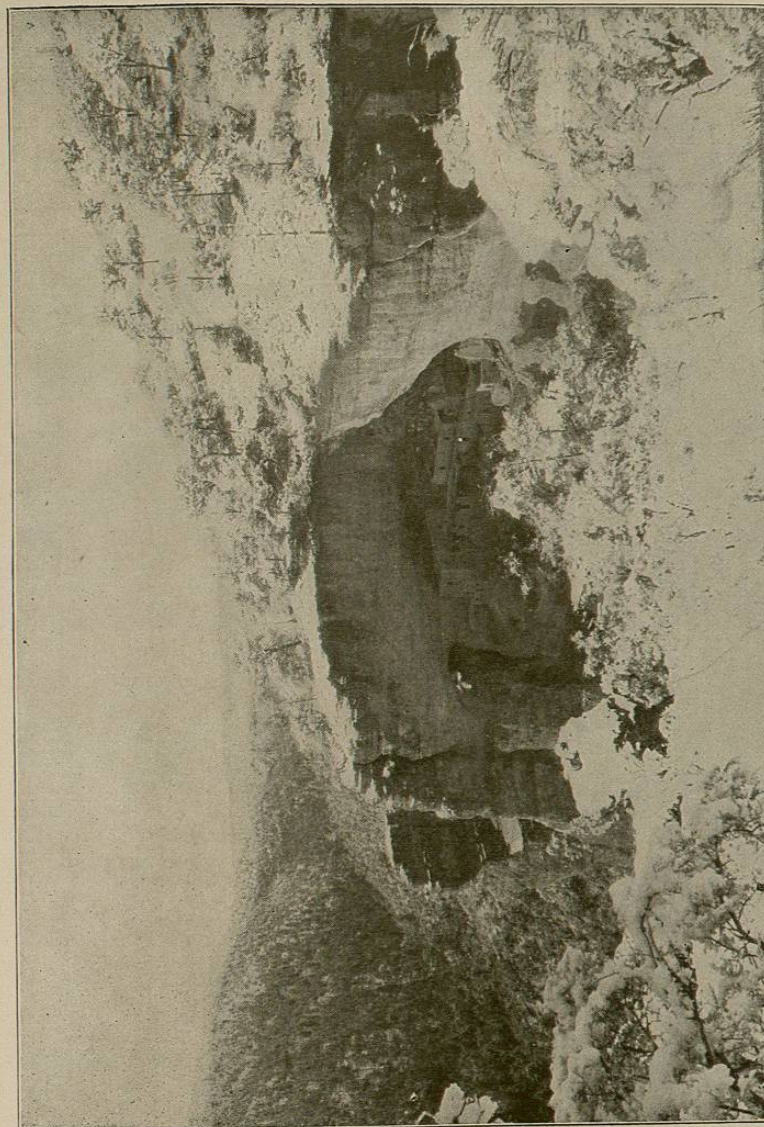
loros de rojas y amarillas cabezas, charla que charla en las ramas de los árboles, y pica que pica en los frutos de los pinos. Como todas las veredas estaban literalmente cubiertas de nieve, busqué la ayuda de un mormón para que nos guiara hacia el sur.

Á unas diez millas de Pacheco, pasamos por el valle de "los Montezumas," llamado así por el extraordinario número de montículos, coesillos ó *montezumas* que hay en la localidad, en número que probablemente no dista mucho de un millar. Vistos de lejos, parece que su disposición ha obedecido á un plan fijo, pues corren en hileras de norte á sur. Son pequeños y casi todos se hallan en la falda meridional de un llano inclinado que se ensancha como 500 acres en medio de altiplanicies espesamente cubiertas de pinos.

Deteniéndonos para descansar á algunas millas al sur de la mesa, advertimos que nos faltaba una mula. No me consoló que me dijeran que el animal llevaba únicamente mi tienda de campaña y ropas de cama, pues ello significaba cuando menos que tendría que pasarme una noche nada cómoda sobre la nieve. El americano encargado de ir contando nuestros animales en el camino, volvióse inmediatamente á buscar al perdido, en compañía de un mexicano, y hasta el día siguiente volvieron con la carga de que la mula se había aligerado; pero en cuanto al animal y su aparejo, nunca volvimos á verlos.

En Chuhuichupa me sentí satisfecho de cuanto encontré. Vense allí extensos campos donde, algunos años después de nuestra visita, establecieron los mormones una colonia. El nombre de Chuhuichupa fue el primero que hallamos de indudable origen tarahumar; significa "lugar de los muertos," aludiendo probablemente á las cavernas sepulcrales, pues *chuhui* es corrupción española de *chu-i*, que significa *muerto*.

Mr. Taylor había descubierto una gruta muy interesante, á quince millas en línea recta de este á sudeste del campa-



Antigua cueva con habitaciones en Garabato.

mento, pero á distancia de veinticinco millas, según el trayecto que siguió. Los mexicanos la llaman la cueva del Garabato, con motivo de los antiguos dibujos que se advierten en las paredes de la casa, y está situada en una garganta formada sobre el costado septentrional del arroyo del Garabato, que desagua en el río Chico. Es de formación conglomerada, mira al oriente y está como á 215 pies sobre el fondo de la barranca. La subida es empinada y bastante



Cueva del Garabato. Parte de las antiguas habitaciones.

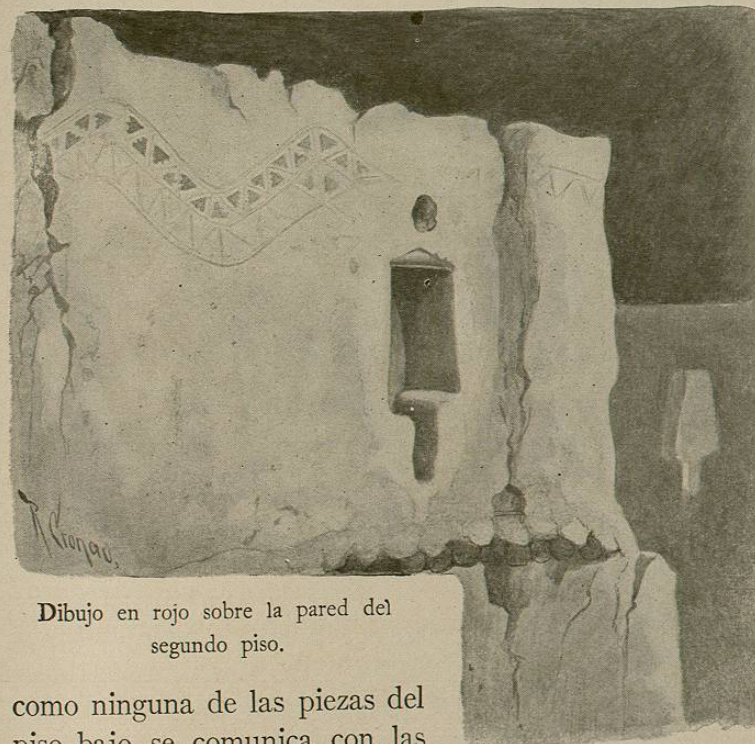
difícil. Las altas y regulares paredes de las casas, con sus numerosas puertas y ventanas, ofrecían de cerca el más vivo contraste con las rocas del alrededor cubiertas á trechos de nieve, en medio de aquel desierto de pinos. Algunos de los muros habían sucumbido al peso de los siglos, pero en su conjunto se conservan las ruinas en muy buen estado, y aunque encontré otras grutas-habitaciones rumbo al sur hasta Zapuri (Chihuahua), ninguna se conservaba tan bien ni en tan considerable escala. No habiendo tenido tiempo

de visitar personalmente la cueva, me valgo de las notas de Mr. Taylor, así como de sus fotografías y explicaciones verbales para hacer la descripción siguiente:

El espacio cubierto por las casas y paredes derruídas era de 125 pies de un lado á otro, y en la parte central tenían los domicilios treinta y cinco pies de profundidad. El techo del sótano ó, más bien, la roca superior alcanzaba en su punto más alto ochenta pies sobre el nivel del piso. Las casas estaban dispuestas en un arco de círculo tan largo que apenas se desviaban de la línea recta, y, al parecer, las de la fila delantera eran de un solo piso, en tanto que las pegadas á la roca tenían dos; pero sin que el techo de ninguna alcanzase en ningún punto al de la cueva. Las piezas eran como de doce pies cuadrados, y los muros, sin apariencias de bloques de piedra ni ladrillos, variaban en su espesor de la base al borde de la más alta, desde quince hasta siete pulgadas. En algunas partes había grandes piedras dentro de los muros, y en otra pared se encontraron postes de madera y viguetas ó latas horizontales. Aparecía lisa y plana la superficie de los muros, protegidos como estaban de la intemperie, y tenían por dentro hasta siete ú ocho revoques. En cuanto á los pisos, donde era posible examinarlos, estaban cubiertos de un cemento liso tan resistente, que no cedía al azadón. Las viguetas de pino que formaban el techo eran también lisas, pero no cuadradas, de cuatro pulgadas de diámetro, y de veinticuatro pies de longitud algunas de ellas. Según todas las apariencias, habían sido desbastadas con instrumento poco cortante, pues más bien presentaban señales de tajos que de cortes, aunque muchas estaban muy bien redondeadas de las puntas, cerca de las cuales tenían un rebajo circular.

En el centro de las piezas posteriores del piso bajo, había generalmente, á manera de tosco pilar, un poste de pino como de diez pulgadas de diámetro. Contra éste descansaba, partiendo de los muros laterales, ligeramente encor-

vado, otro palo semejante, redondo también, tendido paralelamente al frente de las casas, y cruzado desde el frente hacia el fondo por latas de unas cuatro pulgadas de diámetro, apoyadas directamente en los muros que sostenían un techo de tierra, liso únicamente por arriba, de unas tres pulgadas de grueso. De igual modo estaba cubierto el segundo piso, donde no se habían hecho excavaciones; y



Dibujo en rojo sobre la pared del segundo piso.

como ninguna de las piezas del piso bajo se comunica con las habitaciones superiores, es evidente que para subir á las casas del segundo piso, tendrían que hacerlo por los techos de las casas bajas, valiéndose de escaleras.

La mayor parte de las piezas estaban provistas de sus respectivas entradas, de amplitud suficiente para servir de puertas, y algunos cuartos tenían hasta tres de ellas. Había también varios pequeños boquetes circulares, que al hombre

civilizado pudieran parecer troneras para el humo; mas para los indios, la casa, como cualquiera otra cosa, es un sér vivo y debe tener respiraderos para que no se asfixie. Dichas aberturas eran de tres ó cuatro pulgadas de diámetro. Muchas habían sido tapadas y enjarradas, lo mismo que gran número de las que parecían haber servido de entradas, resolución debida sin duda á ulteriores razones religiosas.

Llamaba la atención un salón de no menos de cuarenta pies de largo y siete de alto, del piso á las latas, para cuyo techo se habían empleado seis vigas tendidas entre la pared del norte y la del sur. Las latas, dispuestas entre sí en ángulos de 10°, eran de dos diferentes tamaños. La pared occidental contenía doce huecos, donde sin duda encajaban las latas, que eran, por término medio, de tres pulgadas de diámetro y penetraban en declive dentro del muro como seis pulgadas. La pared oriental contenía palos perpendiculares y duelas horizontales, formando armazón para sostener el material de construcción. En el interior, había únicamente un banco, construído del mismo material que las paredes, contra el muro del sur, y que formaba un asiento bastante cómodo.

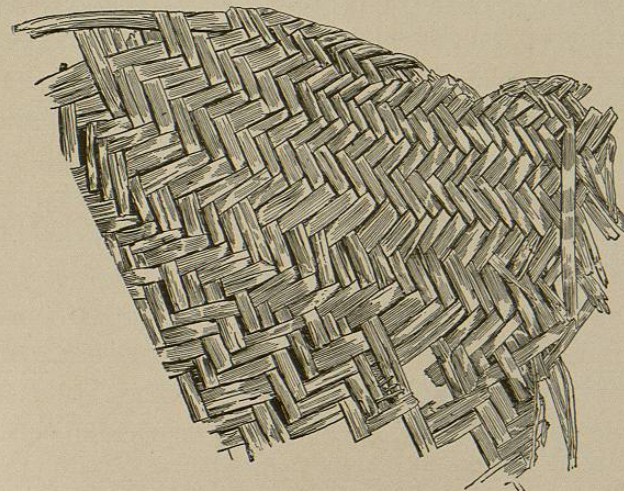
En el extremo de esta sala, pero sobre el piso de arriba, se encontró una casa que difería de las otras por una decoración especial de color rojo, en tanto que el marco de la entrada estaba pintado con suave tono lila.

Parece que había otra sala aproximadamente de las dimensiones de la anterior, però que debe haber sido por lo menos pie y medio más alta. Hoy se halla enteramente destruída.

Con excepción de un fragmento de hacha de piedra y de un pedazo de petate, ninguna otra cosa se encontró allí de que poder inferir la cultura de los constructores.

Al otro día de llegar á Chuhuichupa, proseguí mi viaje acompañado en esa vez por Mr. Taylor y Mr. Meeds, y sirviéndonos de guía un viejo soldado mexicano que nos re-

comendaron como el hombre más conocedor de la Sierra Madre. Había llevado, con seguridad, una vida salvaje, y tomado parte en muchas refriegas con los apaches, pues en diversas partes de su cuerpo le quedaban señales de las balas, y varias veces había recorrido buena parte de las montañas con la esperanza de encontrar oro ó plata. Pero el conocimiento topográfico no constituye indispensablemente



Pedazo de petate de la cueva del Garabato.

la condición principal que debe tener un guía; así pues, aunque Don Teodoro siempre sabía por instinto en donde estaba, no tardó mucho en darnos á conocer que carecía de la aptitud necesaria para dirigirnos, y su apática fatuidad nos causó gran número de molestias y aun de pérdidas.

Pasados los agostaderos de Chuhuichupa, atravesamos un extenso pinar lleno de quiebras y prominencias, cuyo profundo sosiego, no turbado por el más leve rumor ni apariencias de vida, me sorprendía. Como diez millas al sur, alcanzamos á ver la Sierra de la Candelaria que surgió repentinamente del sureste, mientras el Arroyo de Guaynopa abría á nuestra izquierda su bostezante boca. Subimos lentamente por una hermosa cresta que ascendía hacia